

# Aguas aéreas

## El transformado de los montes

David Huerta

Soy hijo de un peletero de Tolosa pero amo los campos perfumados de Provenza como si hubiera nacido aquí. No son los castillos ni los lujos cortesanos, no, lo más atraente para mi corazón y mis ojos; son las mujeres y los paisajes de esta parte bendita de las Galias: no cambiaría yo a unas y a otros por toda la plata del universo mundo. En estos campos y ante esos rostros, trasuntos de la Virgen, está la cifra de mi vivir, de mi paso sufriente por este mundo de pecados y destrucción.

A lo largo de mi vida, adoré a muchas mujeres, les robé innumerables besos al amparo de las sombras vespertinas o bajo la protección y el abrigo de la capa nocturna, y muchas veces me jugué la vida con tal de verlas sonreír cuando las requetaba. ¿Quién podría celebrarlas mejor?

No todas ellas eran hermosas; pero de todas aprendí algo: una frase feliz, un hábito, una manera de ver el cielo, el sabor de una fruta. No hablaré de sus cuerpos ni de sus espíritus. Venero a otra: a la mujer de la altivez y el miedo, hechicera de mis vigiliadas y dueña de mis incontables melodías: sola, distante, única. ¡Oh dioses! Ni siquiera Na Vierna, la de hermosura incesante, la de maneras gallardas de reina intemporal, podría compararsele. Ay, el amor en la lejanía; el amor colindante con la divinidad, el *fin'amors* de donde surgen, como fulguraciones, las palabras de mis *bordós*, de mis versos verdaderos.

Ahora todas esas mujeres, ahora tan remotas, de mi pasado turbulento, son para mí como las cuentas de un rosario extraviado, como las temerosas arenas de Libia. La memoria forma en mi cabeza una galería de cenizas, en donde se confunden los crepúsculos atormentados de Tierra Santa con las madrugadas gozosas y teme-

rarías en los lechos furtivos de mis aventuras galantes.

Todo en mi vida es una serie doliente de *dualidades funestas*: el ruido y el verso, el rostro de las mujeres y el hocico de las bestias, el mar y la aridez sagrada de Palestina, los poemas y los gritos. Pero en ello hay una forma de belleza, un encadenamiento propicio de imágenes de un esplendor terso y recóndito.

El monje de Montaudon y el marqués de Busca me llaman fanfarrón y cobarde, borracho y vil; me maldicen, me calumnian, quisieran verme perseguido y mutilado por los sicarios de los maridos celosos. No puedo entender sus agravios; no obstante, adivino su envidia vitriólica en los gestos obscenos de sus sirvientes cuando me ven pasar, en los ademanes hipócritas de sus empenachados caballerangos y en el porte desdeñoso de ellos mismos cuando me descubren a lo lejos. Ay de los envidiosos: curioso pecado este de la envidia; es el único gracias al cual sufre sólo quien lo comete, quien lo padece: el descomedido pecador; pues los otros pecados suelen ser gozosos... He gozado la ira sin tasa: en mis *sirventeses* podrá hallarse sin mucho buscar la huella sulfurosa de robustos malos humores. Hay un placer cierto en violar las leyes celestiales.

Yo lo puedo decir. Los hombres de la iglesia me aconsejan apartarme de una vida poco virtuosa. Deben tener razón: mis faltas son innumerables. Pero nunca he sido envidioso: ¿cómo podría serlo? En mí se juntan el mayor sufrimiento y los dones sublimes de la poesía y el poder: soy trovador y emperador; me obedecen por igual los señores de las tierras mortales y los juglares con sus cabrilleos y sus chanzas.

La envidia me rodea, sin embargo, me circunda y me atemoriza. Los comarcanos

me infunden un miedo cervical: a mí, ¡oh paradoja!

A diferencia de tantos adversarios, de tantos odiadores, el feroz y valentísimo corsario Alamanno Costa, conde siracusano, admirador y grande amigo mío, me celebraba con vinos y perdices en la gloriosa isla de Malta. ¡Gracia del tiempo!

Mis ojos se llenaron de luz cuando vi, por primera vez, en Tierra Santa, la corte del rey inglés bajo la insignia del Leopardo. Pues no puedo negar mi buena fortuna, a pesar de las penas de amor, constantes e insidiosas como un veneno. El gran Bertran de Born aprendió el arte del sirventés en mi pródiga pluma: mis amigos y discípulos me cuentan cómo decía en voz alta mis canciones y cómo se escuchaba, resonante y profundo, el eco de mis estrofas, recitadas por el huidizo Papiols, contra los muros venerables del castillo de Altafort.

¡Dios confunda a mis enemigos! Load sea por siempre mi Señor, el Conde Jesucristo.

\*\*\*

El bosque es una larga sombra. Veo la esfera nocturna entre las breñas y trato de leer en las estrellas trémulas mi destino de fiera, el norte de mis metamorfosis, mi verdadero rostro de enamorado febril en las caras cambiantes de la Luna. En algún punto del tiempo he creído a ciegas en la Loba y en su halo arcangélico; pero creer en Ella ha sido ponerme en el corazón una fe emponzoñada: la Loba está y estará para siempre lejos de mí. Nunca me aceptará.

Vago entre los árboles oscuros, yo mismo oscuro.

Los cóncavos de los montes son mi casa. En la noche, siento el latido refulgen-

te del carbunco, empotrado sobre mi cabeza revuelta. Todo ocurre en mi mente y en estas oscuridades, entre estos peñascos hirsutos, donde he tomado las armas lobunas para atemorizar a los pastores, a quienes al final daré el gusto de dejarme atrapar para ser apaleado sin misericordia; pero antes me haré conocido por el aullido. Estas cavernas me protegen, de su aspereza menos defendidas, y más bien, diría yo: aseguradas por sus lobregues.

Mi mente... He mudado de pellejo.

Grito en la noche y, durante el amanecer, el desgarrón de mi voz acalla el despuntar de otras canciones. Mi canto es una herida en el aire. Los pájaros enmudecen al escucharme; el afilado latín de los picos matinales se apaga antes de formarse en la esquila de esas gargantas aéreas tan amadas por mí. He impuesto el silencio, yo, el imperioso, el feroz, el irresistible *versipelle*, este silencio majestuoso ha sido sellado por mí, por mi potestad irrecusable, sobre los dominios de la noche; por mí: Lobo de su Loba, el Transformado, el solitario, el abandonado de los montes.

Una voz fraternal me susurra desde un lugar escondido en el tiempo de los sueños y me regala una cifra, una imagen sonora de mi penar amoroso en una lengua de cadencias sibilantes:

Yo los días no los vivo;  
velo las noches, cativo,  
y si alguna noche duermo,  
sueño me muerto en un yermo  
en la forma que aquí escribo...

He visto la cara de mi señora en las paredes sucias de las aldeas, en los hábitos rudos de los monjes vagabundos, en los fosos de los castillos al atardecer, en la armadura de los caballeros aragoneses y en el semblante adusto de los señores llegados de Cataluña para saludarme y aprender de mí, el mejor cantor del mundo. La he visto dibujada sobre el reflejo mortal de las espadas en la madrugada del combate; la he visto en el agua de los arroyos y en las hojas de lentisco; la he visto, insistente, en el aire cargado de presagios a las orillas de un otoño borroso, mientras partían los creyentes al rescate del Santo Sepulcro la he visto en la sombra de los caballos y en el cuenco de bronce incli-

nado para saciar la sed del fatigado y del santo, del soldado y del dignatario.

Al final, me temo, todo se convertirá en un regocijo carnavalesco, no exento de humillaciones para mí, afrentosas para mi dignidad de nación.

La Loba piensa en mí, lo sé; pero me considera una especie de juguete, de capricho de su voluntad. A su lado, el Señor de Penautier se acicala para el banquete de esta noche: corderos, carnes de venado, vinos agrestes. La Loba se ensombrece, también es sonriente, pensando en sus diversiones futuras con ese fantasma montaraz: yo, su devoto principalísimo.

En la imaginación, no puedo dejar de ver los ojos de la Señora: dos navajas de acero pulido, armas dignas de un príncipe.

\*\*\*

El señor Marqués de Canet me habló desde su magnífica montura, un alazán luciente como el sol sobre los campos tornasolados de Lavanda:

—Peire, mi Peire... ¡Mi querido cantor! Deja ya esas locuras, te lo rogamus, y cántanos una *cansó*. Lleva remos tus rimas a Aragón para las damas de la corte, para los trovadores del rey Alfonso.

Don Marqués era rubio, recuerdo, y tenía la cara arrugada; sus palabras eran diáfanas como monedas de oro, luces claras en la maraña de mi cabeza. El cuero y las telas oscuras le daban gravedad a su donaire de naturaleza.

Le respondí con un gañido. Yo, entonces, ya no era Vidal, Peire Vidal, *Petrus Vitalis*—así solía llamarme un monje de cierta aldea donde fui feliz por una temporada—, el de la dura testa de piedra y la pelambre hirsuta; sino el Lobo de mi señora, la Loba de Penautier, la reina de la noche y las rimas.

Los caballeros de España se alejaron. No volví a verlos. Años después, en mi vejez, recuerdo con nostalgia fraternal sus maneras de cortesanos a caballo y de cristianos buenos en busca de una enseñanza. Nada pude enseñarles. ¡Dios me confunda!

\*\*\*

Me insultan quienes me llaman usurpador imperial. Otros dudan de mi inteligencia.

Una vez escuché, a escondidas, casi sin quererlo, esta conversación en un mercado aldeano, frente al destartado puesto de verduras:

—El Lobo se cree emperador desde aquellas aventuras en Chipre. La malvasía le trastornó el seso.

—Yo creo otra cosa. Esa griega, ¿o sería gitana?, lo enloqueció con sus malas artes: es un loco de amor.

En este punto los dos infames se rieron a carcajadas. Yo, pegado como sanguijuela a un muro adjunto, me mordía los puños para no ser descubierto.

No niego mi entusiasmo por las mujeres ni mi afición a los aloques. Son las dos mitades de mi vida: las cabelleras y los tobillos y las mejillas de las muchachas, de las viudas hermosas como la estrella egea, de las señoras altivas como venadas reales; los caldos dulces o secos, el aroma de las copas bien servidas. Pero fui emperador. Soy emperador.

Otro maledicente esparció un rumor ofensivo acerca de mis costumbres. Me describió como un loco vestido con "sayo de perejil". Es una sucia especie tocante a mis hábitos. No se me escapa el mal olor de ese "perejil".

En Constantinopla, junto al Hipódromo... [*el resto es ilegible en el pergamino*].



\*\*\*

Conocí el mar y apenas puedo poner por escrito la impresión imborrable de su extensión, únicamente comparable con la del Cielo Cristalino. En la navegación por el Mare Nostrum pude ver la palpitación del color de las violetas en las inmensas olas y sentir el embate de los vientos. Cuando pasamos por Sicilia, creí descubrir la silueta de Polifemo en las playas ardientes. Las costas griegas me enseñaron algunas magias delincuentes pero también perfeccionaron el fuego de mi voz.

Un hombre ciego, experto en lenguas —las hablaba en desorden, mezclando tres o cuatro en una sola tirada—, me explicó la genealogía de los dioses y me vendió, por un par de monedas herrumbrosas, esta pulsera de bronce; desde entonces la he usado con fervor. Aquí la tengo, junto a mí, en esta hora desdichada: es un recuerdo de los trabajos y los días de mi vida, de la vida de un hombre incapaz de salvarse por la gracia y empeñado en buscar las esencias de la vida en la voz fugaz y milagrosa de la alondra y elruiseñor.

El viaje marino fue largo, extenuante, y casi acabó con mi salud, ya de por sí quebrantada debido a mis costumbres. Guardo de esa travesía el recuerdo de ese hombre ciego y el rumor de los dialectos isleños escuchados en Siracusa. Aquel hombre era borroso como la hora indecisa entre la tarde y la noche: no podría yo describir sus facciones aun si me lo propusiera con toda mi voluntad; pero algo en él hacía sentir un rumor de historias tan bien forjadas como el bronce de mi pulsera. Confieso mi obsesión por el término de ese viaje: las colinas y las vías y estaciones ensangrentadas de la Pasión. Hubiera yo deseado estar más atento a la singladura y menos a mi angustia por el destino de mi alma. Grecia y esos mares color de vino lo ameritan. Ya es demasiado tarde, me temo.



Le dedico a mi pulsera de bronce una mirada última antes de irme a dormir. A un lado de ese claro circundado de abedules buscaré mi lugar de reposo.

\*\*\*

Los pastores se calientan junto a una fogata espléndida. Los veo de lejos y me siento dividido entre ellos y el rumor de la selva. Un resplandor sobre mi cabeza, un brillo rojo y compacto [*el resto, ilegible*]...

\*\*\*

En su vejez, el trovador tolosano Peire Vidal evocaba los días de antaño en las montañas:

... pienso en esos grandes días, hoy muertos para mí. Con la mente arrobada, contemplo aquella locura espléndida y maldi-

go, ¡ay!, mi fuerza, y acuso al Sol por su alegría. El rojo astro febeo se burla de mi tristeza. Los altos ciervos huían de mí entre los alisos como huyen del rey de los lobos. Rauda era yo. Los lebreles corrían y los venados corrían; pero ninguno corría delante de mí por mucho tiempo. Los juglares conocían de memoria mis canciones. La gris manada me conocía y me temía; pero yo andaba solo. Mis colmillos afilados y mis labios purpúreos se empapaban con la sangre caliente de la cierva más ágil. Pero esa ardiente sangre no me quemaba como los labios de la Dama de Penautier. ¡Locos, locos habréis de estar si me pensáis capaz de borrar de la memoria esa noche de abismos azules, la triste noche de la Loba contra mí! El cielo carmesí era profundo. Era hondo, claro, translúcido; las candelas celestes parecían hundidas en un alto cristal de inmensidades.

\*\*\*

Al final, no hablo. No quiero hablar. No queda nada por decir. Todos quieren pelea. Yo nada más anhelo una sombra fresca en algún lugar del bosque, en mis viejos dominios; deseo una sonrisa, la sombra de una sonrisa, la certeza tenue de una *cobla* bien redondeada.

No es una *senhale* el nombre de mi señora, de mi dueña: es su nombre genuino. A ella me dirijo en mi decrepitud inexorable, en mi agonía. Sólo a ella quisiera hablarle ahora, ahora y siempre, hasta el fin de los tiempos.

Loba: cuánto desearía yo el avance irresistible de las olas frías, de los oleajes oscuros, del mar en su paso magnífico, inundando mi mente. Desearía ver el mundo marchito como una hoja muerta; el mundo barrido y desalojado, el mundo ausente, lejos de los enemigos en los castillos y en los bosques, para encontrarte de nuevo, Loba mía: sola. [U]

Ahora todas esas mujeres, ahora tan remotas, de mi pasado turbulento, son para mí como las cuentas de un rosario extraviado, como las temerosas arenas de Libia.